

infantería de Erlon ó primer cuerpo, la de Lobau ó sexto cuerpo, los coraceros de Kellermann, la Guardia, y finalmente la infantería de Reille ó segundo cuerpo, que, muy empeñado en los Cuatro Brazos, á reponerse del rudo combate de la tarde anterior hubo de dedicar toda la mañana. Napoleón marchaba con la vanguardia que dirigía en persona. Forzoso era atravesar por la gran aldea de Genappe, donde se cruza el Thy, que ya á desaguarse en el Dyle algunas leguas mas abajo. A retaguardia habian puesto los ingleses su infantería para entorpecer la marcha de los franceses por medio de cargas dadas con oportunidad y arrojo, siempre que lo permitiera el terreno. Este descendia en las inmediaciones de Genappe, y despues de pasado el Thy se elevaba de nuevo, de forma que los franceses tenían enfrente á la retaguardia inglesa, vivamente acosada por su vanguardia. Ordenando por sí mismo todos los movimientos bajo una lluvia torrentosa, Napoleón mandó llevar hasta veinte y cuatro bocas de fuego, que sobre las columnas en retirada hacian horriblos disparos. Con prisa por alejarse pronto, los ingleses no se tomaban tiempo de responder con sus cañones, y sin devolverlas por consiguiente recibian balas, que abrian en sus masas vivas agujeros muy hondos. A la salida de Genappe los húsares ingleses cargaron á la caballería francesa, si bien fueron rechazados por los lanceros casi de seguida. Lord Uxbridge á su turno con los Guardias de á caballo se arrojó sobre los lanceros, y obligóles á volver caras. Entonces cayeron los coraceros sobre los Guardias de á caballo, y les forzaron á replegarse de prisa. A la vuelta de algunos minutos

ya estaba el camino cubierto de cadáveres y de heridos, siendo ingleses la mayor parte. Especialmente el cañon francés sembró la tierra de restos humanos repugnantes á la vista. Como dechado de valientes, el coronel Sourd se cubrió de gloria en estos diferentes choques; con el brazo segado á cuchilladas y medio separado del cuerpo obstinóse en permanecer á caballo; no se apeó sino para sufrir una amputacion dolorosa, que no disminuyó ni su ardimiento ni su arrojo, pues, apenas terminada volvió á saltar á la silla, y hasta bajo los muros de Paris se mantuvo al frente de su regimiento.

Durante estas cargas de caballería, ni un solo momento cesó Napoleón de dirigir la vanguardia. Lenta fué la marcha á pesar de todo, porque se rendian á la violencia de la tempestad asi los ingleses como los franceses. Algunas horas no bastaron para descargar al cielo de las masas de agua contenidas por las nubes; y las tropas francesas habian caido en un estado lastimoso. No cabiendo todas en la calzada empedrada, menester fué que la infantería cediera el paso á la artillería y á la caballería, y se apartara á derecha é izquierda del camino, con lo cual se hundia en las blandas tierras de la Bélgica hasta media pierna: muy pronto ya no pudieron guardar la formacion los soldados, y cada cual marchó como quiso y le fué posible, siguiendo de lejos á la columna de artillería y de caballería, que se divisaba sobre la calzada empedrada. A la caída de la tarde se aumentaron los padecimientos con la duracion de la lluvia y la proximidad de la noche; asi fué que se oprimieron los corazones, como si en aquellos rigores del cielo

vislumbraran un signo precursor de un desastre. Sin duda sirviera de consuelo la esperanza de dar alcance á los ingleses al cabo de esta penosa marcha en un terreno á propósito para la pelea, y para terminar las antiguas enemistades de las dos naciones. Pero se ignoraba de todo punto si iban á desaparecer entre las espesuras de la selva de Soignes, y á juntarse detrás de tan densa cortina á los prusianos.

Entre los heridos ingleses recogióse á un oficial perteneciente á la familia de lord Elphinston, y se le condujo á presencia de Napoleon, que le recibió con grandes contemplaciones, y con maña le hizo varias preguntas, esperando en sonsacarle el secreto del duque de Wellington con relacion á las operaciones, que estaba en posicion de conocer sin duda. Noble y decorosa fué la respuesta de este oficial distinguido, manifestando á Napoleon que, prisionero de los franceses, no haria traicion á su pais en trueque de ser mejor tratado. Respetando Napoleon este sentimiento, á Mr. de Flahault encargó que se le prodigaran las mismas atenciones de que seria objeto el francés de mayor valimiento. Pero nada, ó casi nada supo relativamente á los designios del ejército inglés. A la caída de la tarde, siguiendo el camino de Bruselas por entre una llanura, extendida en numerosas ondulaciones, se llegó á una cumbre desde donde se divisaba todo el pais del contorno. Junto á la falda se estaba de la célebre posicion del Monte de San Juan, y mas allá se descubria la umbrosa verdura de la selva de Soignes. Como los ingleses habian emprendido muy temprano la marcha, espacio tuvieron para asentarse perfectamente detras de la posicion esta,

donde la elevacion del terreno les eximia de parte de los padecimientos, que trabajaban á los franceses, y donde el servicio de viveres earamente pagados, les habia prevenido recursos en abundancia. Establecidos al respaldo de la altura del Monte de San Juan, casi no estaban á alcabía de la vista. Además despues de la lluvia, una bruma densa envolvía el campo, anticipando asi dos horas las tinieblas nocturnas. De consiguiente no era posible descubrir nada, y Napoleon continuaba en duda penosa, porque si los ingleses se metian por la selva de Soignes para atravesarla durante la noche, de presumir era que se irian á juntar á los prusianos detras de Bruselas, y que acabaria por fracasar el plan de encontrarlos separadamente, con tanta felicidad realizado hasta ahora. Con efecto, difícil era á todas luces trasladarse mas allá de Bruselas para combatir á doscientos mil enemigos valientes y apasionados, sin mas que cien mil soldados, heróicos sin duda, bien que reducidos á figurar uno contra dos en la batalla, particularmente considerando que á ciento cincuenta leguas y sobre la derecha de los franceses, avanzaba la gran columna de los austriacos y de los rusos. Devorado por la zozobra, que se derivaba de situacion semejante, con el fin de disiparla al golpe, Napoleon dispuso que se desplegaran los coraceros de Milhaud é hicieran fuego con su artillería toda. Habiéndose ejecutado esta maniobra de seguida, los ingleses destaparon unas cincuenta bocas de fuego, y con balas cubrieron de tal modo la hondonada que les separaba de los franceses. Entonces Napoleon apeóse del caballo, y seguido únicamente de dos ó de tres oficiales, se puso á estudiar en per-

sona la posición elegida por el ejército británico según las apariencias. A cada instante oía las balas de cañón sumirse pesadamente en el espeso lodo, que hacían saltar por todos lados. Ante este espectáculo tranquilizóse de parte de sus inquietudes, pues de un cañoneo tan rápido y extendido vino á inferir que no tenía delante una simple retaguardia, establecida á la revuelta de un camino, con el fin de retener á sus perseguidores, sino á todo un ejército en posición y cubriéndose con todos sus fuegos. Ya por tanto casi no dudaba de la batalla, y sobre su corazón tan abrumado de desvelos, solamente quedaba la incertidumbre de sus azares. ¡Sobrado era para el corazón más enterol! Y tal confianza tenía en su habilidad y en el denuevo de sus soldados, que solo pedía á la Providencia una batalla, tomando de su cuenta hacerla parar como otras veces en victoria!

Adquirida esta prueba de la presencia de los ingleses, al punto ordenó al general Mithaud que replegara sus coraceros, á fin de proporcionarles el descanso de que tenían tanta necesidad para la formidable jornada del día siguiente. Luego, dejando su estado mayor á la espalda, se fué á explorar la falda de la altura ocupada por los ingleses. Acompañado del gran mariscal Bertrand y de su primer paje Godin anduvo largo tiempo, con el fin de enterarse bien de la posición, que muy pronto había de ser regada con tanta sangre. A cada paso hundíase mucho en el lodo, y para salir del atasco se apoyaba alternativamente en el brazo del gran mariscal ó en el del joven paje, y después enfilaba sobre los ingleses el pequeño antejo que llevaba en el bolsillo. No haciendo el menor caso de

las balas que caían alrededor suyo, con todo, por un instante le sacó de sus preocupaciones la vista del mancebo de diez y siete años, que ejercía á su lado las funciones de paje, y cuyo padre, á quien tuvo estimación suma, había sucumbido en Valourina.—Amigo, le dijo, tú nunca has asistido á fiestas de esta clase. Rudo es el estreno, pero así tu educación será pronta.—Digno hijo de su padre solo atendía á la sazón como el gran mariscal Bertrand, al señor á quien servía celoso; pero delante de Napoleón nadie osara á manifestar cosa parecida á miedo, ni aun por su persona, y así este reconocimiento practicado con los pies dentro de un hondo barrizal y con la cabeza bajo las balas, se prolongó hasta muy cerca de las diez de la noche. Napoleón, que nada hacía en balde, lo prolongó tanto solo con el fin de ver por sus propios ojos á los ingleses establecer sus vivaques. Pronto iluminaron el horizonte mil hogueras encendidas con la leña de la selva de Soignes. No menos mojados los ingleses que los franceses, se aplicaron por la noche á secar sus ropas y á condimentar sus alimentos. Según Napoleón ha escrito con tanta grandeza, *el horizonte semejó un vasto incendio*, y estas llamas, que no le presagiaban á la sazón más que el triunfo, le llenaron de una satisfacción bien ilusoria por su desgracia.

Montando nuevamente á caballo, Napoleón volvió á la hacienda ó quinta llamada *del Caillou*, donde había establecido su cuartel general. Para el día siguiente anunció una batalla decisiva, que á su decir iba á salvar ó perder á Francia. A todos sus generales previno que se apercibiesen á ella. Entre las órdenes distintas, ninguna había más

apremiante que la destinada al mariscal Grouchy, pues nada mas inconveniente que dejarle vagar á la aventura en semejantes circunstancias, y como se hallaba distante cuatro ó cinco leguas, sobremanera importaba despacharle sus instrucciones de seguida, con el fin de que las recibiese en tiempo oportuno. A eso de las diez de la noche le expidió Napoleon cuantas instrucciones requería la situación examinada bajo todas sus fases.

Grouchy habia recibido la comision de perseguir á los prusianos, para completar su derrota, estar á la mira de sus empresas, y mantenerse de continuo, y cualesquiera que fuesen sus designios, entre ellos y los ingleses como una impenetrable muralla. ¿Qué eventualidades habia que prever en situación de tal especie? Segun á la vista de los fugitivos y de los cañones cogidos en el camino de Namur, se supuso un instante que los prusianos habrian podido ganar á Lieja, para unirse á las márgenes del Rhin con los otros ejércitos aliados; ó tambien ganar por Gembloux y Wavre el camino que atraviesa la extremidad oriental de la selva de Soignes, para juntarse á los ingleses mas allá de Bruselas; ó tal vez hacer alto dentro de Wavre, á lo largo del Dyle, sin meterse en la espesura, con el designio de incorporarse delante de la selva á los ingleses. Ninguna de estas suposiciones tenia visos de alarmante, ni aun la postrera de todas, si el mariscal Grouchy no perdía el seso, cosa que nunca le habia sucedido hasta entonces. A la vista saltaban las instrucciones para estos diversos casos, como nacidas de la naturaleza de las cosas, y Napoleon, que no las sacaba de otros datos, con extremada precision trazóselas al mariscal Grouchy en

el despacho que le fué dirigido bajo esta forma.— Si los prusianos han tomado el camino del Rhin, ya no teneis que ocuparos con ellos, y bastará que en su seguimiento dejéis mil caballos, para adquirir la seguridad de que no revolverán sobre nosotros. Si por el camino de Wavre han tomado la direccion de Bruselas, tambien será suficiente que destaquéis detrás de su huella unos mil caballos, y así en este segundo caso como en el primero, os replegareis con todas las fuerzas hacia nosotros, para coadyuvar á la ruina del ejército inglés. Si finalmente los prusianos han hecho alto delante de la selva de Soignes, en Wavre ó en otro punto, necesario es situarse entre ellos y nosotros, y ocuparlos y contenerlos, y destacar una division de siete mil hombres para coger de revés el ala izquierda de los ingleses.— Estas instrucciones no podian ser otras, aun cuando el genio militar no rayara á tan magna altura ni sobresaliera por lo seguro. Cuanto se sabia de la situación no requería mas instrucciones que las de dejar algunos exploradores en seguimiento de los prusianos, ya hubiesen tornado á ganar las márgenes del Rhin ó ya se hubiesen metido por la espesura de la selva de Soignes hacia Bruselas, y en ambos casos unirse á Napoleon con la totalidad del ala derecha, ó bien, si en Wavre habian hecho alto, ocuparlos y mantenerlos á distancia del terrible desafio que entre el ejército francés y el ejército británico se iba á empeñar de seguida, y destacar en tal caso siete mil hombres, para coger el ala izquierda de los ingleses por la espalda. Tampoco era dudoso que estas instrucciones llegarian á su destino de forma que pudieran ser oportunamente ejecuta-

das. A la sazón eran las diez de la noche: aun suponiendo que el oficial portador de ellas no se pusiera en camino hasta las once, cuando mas tarde llegaría á las dos de la madrugada á Gembloux, donde se debía hallar el mariscal Grouchy, segun todas las presunciones. Con efecto, de la quinta del Caillou á Gembloux, siguiendo siempre la calzada empedrada de Namur, y dejándola en Sombrèffe para tomar la de Wavre, no había mas que siete ú ocho leguas métricas de distancia, á la par que solo cinco se contaban por via recta. Ciertamente un hombre á caballo debía trasponer este espacio en menos de tres horas. Recibiendo las instrucciones á las dos de la madrugada, ya á las cuatro podia el mariscal Grouchy emprender desde Gembloux su movimiento, y hallarse muy cerca de Napoleon al tiempo de comenzar la batalla, pues ya descuidase á los prusianos en camino á las margenes del Rhin ó hacia Bruselas, ya les siguiera hacia Wavre y enviara al Monte de San Juan un solo destacamento, solo tenia que andar unas cinco ó seis leguas con su cuerpo de tropas (1).

(1) Sobre la existencia de esta orden ha habido gran disputa. El mariscal Grouchy declara que no llegó á sus manos, y lo admitimos sin réplica alguna, porque lo afirma así ante todo, y además porque es muy verosímil á todas luces, pues viajando de noche entre patrullas enemigas podían ser cogidos los oficiales, y tambien podían llevar á los generales ingleses ó prusianos los partes destinados á los generales franceses, como hubo triste ejemplo en esta campaña. Pero si damos crédito al mariscal Grouchy, mas sospechoso con mucho que Napoleon en tal debate, por la necesidad que tenia de justificar una gran falta, no vemos por qué no se ha de creer tambien á Napoleon, el cual en las dos versiones procedentes de

Asi que estas órdenes fueron despachadas, Napoleon tomó á media noche algunos instantes de descanso, como lo tenia de costumbre cuando estaba empeñado en grandes operaciones; y profundamente durmió la vispera del dia mas terrible de su

Santa Elena, ha afirmado la existencia de la orden en cuestion del modo mas terminante, y con detalles minuciosos hasta lo sumo. De ningún modo admitimos que una version llegada de Santa Elena sea necesariamente una verdad, pero tampoco admitimos que sea necesariamente una mentira. Asi aceptamos la asercion del mariscal Grouchy, pues si le hemos visto alterar á menudo en esta polémica los hechos, por la necesidad de justificarse, no le creamos á pesar de todo capaz de mentir á sabidas, ni de negar el hecho material de una orden recibida. Y creemos en la verosimilitud á mayor abundamiento; de suerte que si el mariscal Grouchy hubiera recibido la orden, inmediatamente la hubiese ejecutado, pues se necesitara que fuera un traidor ó un loco para proceder de otra manera, y nunca fué lo uno ni lo otro. Pero si aplicamos estas reglas de moralidad y de verosimilitud al testimonio del mariscal Grouchy, si á pesar de estar alteradas muchas circunstancias en sus relaciones, por error de memoria ó por la apremiante necesidad de crearse excusas, no admitimos que haya podido mentir sobre el hecho material de una orden recibida, si adoptamos la verosimilitud de que naturalmente ejecutara la orden en el caso de haberle llegado, no vemos por qué no se han de aplicar á Napoleon las mismas reglas. Afirmar tan positivamente en Santa Elena, y afirmar con tanta puntualidad y tantos detalles el envio de una orden no enviada, es una mentira tal, que por nuestra parte no la admitimos como posible. Y aqui hay que apelar á la verosimilitud de nuevo; francamente, suponer que en aquella noche, Napoleon, que era la misma vigilancia y se hallaba en visperas de la batalla mas decisiva de su vida, no habia de haber dado ninguna orden á su derecha, llamada á representar un papel de tanta monta, no es mas ni menos que suponer lo

existencia y uno de los mas funestos que han lucido jamás sobre Francia.

Tales como las apetecia Napoleon eran las disposiciones de los generales enemigos, bien que ni por asomo sospechaba cuál iba á ser el resultado de sus deseos al demandar á la Providencia que

imposible. El príncipe mas enervado y mas estúpido de Oriente no incurriera en semejante descuido. ¿Cómo se le ha de atribuir al mas vigilante y al mas activo entre todos los capitanes? Además hay otra prueba moral, y si es posible, mas concluyente. Si Napoleon hubiera inventado esta orden para justificarse en Santa Elena de un descuido tan absolutamente incomprensible, sin duda la inventara de otro modo. En lugar de fundarla sobre la ignorancia en que se hallaba el 17 de junio por la noche del paradero de los prusianos, en lugar de decir que se limitó á pedir á Grouchy un socorro de siete mil hombres, sobre los hechos conocidos posteriormente calcará su orden mentirosa, y se jactará de haber prescripto á Grouchy que pasara el Dyle con todas sus fuerzas, para irse á situar entre los prusianos y los ingleses. La asercion de Napoleon, tan modesta que solo consiste en atribuirse una orden fundada sobre dudas, y que habria derecho de considerar insuficiente, si lo hubiera podido saber todo, á nuestro juicio demuestra de un modo irrefragable, que no menta en Santa Elena, y que tampoco se atribuia sino lo que habia prescripto realmente. Asi no admitimos que no expidiera ordenes á Grouchy durante la tal noche, y suponiéndolas despachadas, nos parecen únicas verdaderas las conocidas por su testimonio y fundadas en sus escasas noticias de entonces, y pensamos además que, de haber mentido, lo hiciera mas completamente y mas en su ventaja. Por tanto damos crédito á Napoleon y á Grouchy en su doble aserto, muy explicable, de una orden expedita y de una orden interceptada. Ciertamente la sana crítica no consiste en dar por seguro que siempre dicen verdad los actores, pero tampoco estriba en suponer que hablan siempre mentira.

aún le concediera una batalla. Lord Wellington, despues del combate de los Cuatro Brazos, en Genappe habia hecho alto y establecido su cuartel general la noche precedente. No habiendo recibido noticia alguna del mariscal Blucher, ora porque éste se hallara descontento de no haberle llegado mas activos socorros, ora porque su tremenda caída del caballo no le permitiera cumplir con sus deberes, el general británico supuso que habian quedado vencidos los prusianos, y particularmente al divisar centinelas francesas en todas partes, lo mismo hacía los Cuatro Brazos que sobre la calzada de Namur. Con efecto, se debieran haber retirado los franceses, sino hubiesen conseguido una victoria que les permitiera ocupar una posición tan avanzada. De consiguiente el duque de Wellington abrazó el partido de replegarse al Monte de San Juan, sobre el lindero de la selva de Soignes, muy resuelto á batirse en la posición aquella, que habia estudiado bien á fondo, con la prevision de una batalla decisiva y dada bajo los muros de Bruselas, para la conservacion del reino de los Países Bajos. Con todo, no queria dar esta batalla defensiva, por mas que la posición le pareciera excelente, sino á condicion de ser apoyado por los prusianos. Asi despachó un oficial á Blucher para saber de fijo si podria contar con su ayuda.

Mientras pasaban estas cosas del lado de los ingleses, el anciano é inflexible Blucher, á pesar de salir maltratado en Ligny, no se daba por vencido de ningún modo, y al dia siguiente ó de allí á dos dias pensaba renovar la lucha, tan luego como hallara un puesto favorable para sus designios. Lejos de ocurrirle ni por asomo alejarse del

teatro de las hostilidades, yendo á las márgenes del Rhin á esperar á los austriacos y á los rusos, allí trataba de permanecer á todo trance, sin pasar mas allá de la selva de Soignes, y decididísimo en union de los ingleses ó solamente con sus prusianos á dar batalla, y no detrás, sino delante de Bruselas. Con este proyecto se replegó en dos columnas hácia Wavre, allegando á las órdenes de Bulow su cuarto cuerpo de tropas, que durante la batalla de Ligny estaba en marcha. Ziethen y Pirch I, despues de combatir entre Ligny y Saint-Amand, y de hallarse los mas avanzados sobre la calzada de Namur á los Cuatro Brazos, se retiraron por Tilly y el Monte de San Guiberto, siguiendo la margen derecha del Dyle, durante la noche del 16 al 17 de junio. Thielmann, no habiendo pasado de Sombreffe, al punto retrocedió por el camino de Gembloux, y dióse la mano con Bulow, procedente de Lieja. Mas tarde ó mas temprano, y á uno ú otro lado del Dyle, todos fueron á tomar posicion la noche del 17 de junio en torno de Wavre. Blucher dedicó el resto del dia á proporcionarles algun descanso, á reponer las municiones consumidas, á reunir víveres y á atraer á sí una porcion de fugitivos al amparo de su caballería, y que la francesa aprisionara por miles, si estuviera mejor gobernada. Sabedor de las intenciones del duque de Wellington, le respondió que el 18 de junio estaria en el Monte de San Juan, esperando que, si los franceses no atacaban este dia, se les acometería al siguiente. ¡Noble y patriótica intrepidez en un viejo de setenta y tres años!

Resueltos estaban, pues, los dos generales enemigos á dar batalla el 18 de junio delante de la

selva de Soignes, despues de juntarse por virtud de un movimiento de flanco, que el mariscal Blucher debia ejecutar á lo largo de la selva, si los franceses le daban lugar y medios de llevarlo á remate.

Naturalmente al mariscal Grouchy incumbia la comision y la facultad de impedirlo á toda costa. Con el mapa del pais á la vista, se comprende que su papel era facil de todo punto, aun teniendo que maniobrar delante de ochenta mil prusianos, sin mas que treinta y cuatro mil franceses. Habiéndose apoderado Napoleon de súbito de la gran calzada de Namur á los Cuatro Brazos, por donde se hubieran podido juntar los ingleses y los prusianos, á retroceder se vieron obligados unos y otros; por el camino del Monte de San Juan los primeros, y por el de Wavre los segundos. Estos dos caminos cruzan la vasta selva de Soignes, que envuelve á Bruselas, segun ya hemos dicho, del suroeste al nordeste, y en la misma ciudad se juntan ambos. Al perseguir Napoleon al duque de Wellington hácia el Monte de San Juan, y al deber Grouchy dar caza á Blucher hácia Wavre, como á cuatro leguas medidas por el aire marchaban uno de otro. No tenia Grouchy que andar mas camino para incorporarse á Napoleón que Blucher para unirse á Wellington. Además, partiendo Grouchy del lado de Napoleon y llevando orden de estar con el cuartel general en comunicacion constante, si no perdía la pista de los prusianos, uno de estos dos resultados habia de lograr por fuerza, ó situarse entre ellos y Napoleon y retardar su llegada, para dar lugar á que fueran batidos los ingleses, ó cogerlos de flanco mientras aspiraban á llevar al

ejército británico su ayuda, si no los había podido obstruir el camino. No dar con ellos, no descubrirlos siquiera en tan angosto espacio, á la verdad seria un milagro, un milagro de desventura, que no se podia suponer de ningun modo. Para cumplir su comision mas indicada, la de situarse entre los ingleses y los prusianos, Grouchy tenia á su favor una circunstancia local de las mas felices. A Napoleon separaba de Grouchy, como á Wellington de Blucher el Dyle, riachuelo de escaso caudal sin duda, bien que sus márgenes son de muy fácil defensa, corriendo de Genappe hacia Wavre. Sin mas que seguir al pie de la letra sus instrucciones, por las cuales se le prescribia estar siempre en comunicacion con el cuartel general por su izquierda, Grouchy podia trasladarse al Dyle, y cruzarlo al punto, y poner así el rio entre sus fuerzas y las de los prusianos, y disputarles el paso, á fin de impedir su llegada al Monte de San Juan en tiempo oportuno; y si le habian precedido en traspasar su corriente, aun le quedaba el arbitrio de sorprenderlos en su marcha de flanco, y atravesárselos de por medio antes de que se unieran al duque de Wellington sus tropas. Con el ascendiente de la victoria de Ligny y con la sorpresa de flanco bastaba para compensar la desigualdad del número, y para proporcionar á Grouchy, ya que no el medio de vencer, á lo menos el de ocupar á los prusianos, y hacerles llegar demasiado tarde á la cita comun de Waterloo.

A la verdad, para no perder tiempo y seguir con tino los movimientos de los prusianos, se necesitara conocer ó sospechar á lo menos la direccion que habian preferido, de modo de no correr

tardiamente detrás de su huella. Pero tan escasas eran las suposiciones que se podian hacer en tal coyuntura, tanta facilidad habia de comprobarlas con los trece regimientos de caballeria que Grouchy tenia á la mano, y para esto se necesitaba recorrer tan cortas distancias, que sin dificultad alguna se podia volver á ganar el tiempo que se hubiese perdido en falsas investigaciones. Si los prusianos vencidos en Ligny se retiraban por Lieja á las márgenes del Rhin de contado, no habia mas que dejar detrás un destacamento de caballeria, y no pasar ya ninguna zozobra; si marchaban hacia Wavre para combatir delante ó detrás de la selva de Soignes, solo podian tomar dos caminos, por Tilly y el Monte de San Guiberto el uno, y por Sombresse y Gembloux el otro, y conduciendo á Wavre ambos. Tres reconocimientos practicados por la caballeria, uno sobre Namur y los otros dos hacia Wavre, á la vuelta de algunas horas debian poner al cabo de todo, y Grouchy, que se habia separado de Napoleon á las once de la mañana, bien podia estar enterado de la verdad á las tres de la tarde, y de las cuatro á las nueve hallarse muy cerca de Wavre, si tomaba este rumbo, ó sobre la margen del Dyle, si cruzaba su curso, como era preferible, para mantener con Napoleon una comunicacion mas estrecha.

Nada de esto habia ejecutado el mariscal Grouchy en todo el dia. Con buen golpe de vista, y con vigor sobre el terreno, faltó se mostraba de discernimiento para la direccion general de las operaciones, y particularmente carecia de la sagacidad de un oficial de vanguardia, encargado de explorar los movimientos de un ejército enemigo. Así nó



envió ningún reconocimiento sobre su izquierda, de Tilly al Monte de San Guiberto, por donde Ziehlen y Pireh I se habían retirado; tampoco enviólo por su derecha sobre Gembloux, y al separarse de Napoleón en Sombreffe, como un atolondrado corrió hacia la parte de Namur, donde tuvo noticia de que Pajol había capturado fugitivos y cogido algunos cañones.

Mientras en esta dirección galopaba inconscientemente, le llegaron á decir que, batiendo su caballería el campo durante la mañana, un gran número había divisado á la parte de Gembloux á los prusianos, que al parecer marchaban hacia Wavre. Al mismo tiempo recibió igual noticia con el despacho, que por mano del gran mariscal le había dirigido Napoleón desde Marbais, y entonces lanzóse á toda carrera sobre Gembloux, mandando que su infantería le siguiera á paso acelerado. Esta infantería, compuesta de los cuerpos de Gerard y de Vandamme, no había emprendido el movimiento sino de tres á cuatro de la tarde. Ciertamente con este retraso había conseguido reponerse algún tanto de las fatigas de la anterior jornada; pero valiera más haberla encaminado desde medio día sobre Gembloux, donde se hallara convenientemente situada para todas las eventualidades, pues dentro de Gembloux se hallara á la par sobre el camino recto de Wavre, y en comunicación con Lieja por la antigua calzada romana. Así tuviera la ventaja de llegar á Gembloux antes de estallar la tempestad extendida por todas las llanuras de Bélgica á eso de las dos de la tarde, y á mayor abundamiento en aptitud de aproximarse á Wavre, después de descansar dos ó tres horas, si

nuevos indicios llegaban á marcar tal dirección como preferible de una manera definitiva.

En Gembloux las gentes del país señalaron á Wavre como el verdadero punto de retirada del ejército prusiano, y en sus noticias había tal uniformidad que fijamente decidieran á otro espíritu menos vacilante que el del mariscal Grouchy. Pero como Bulow llegaba por el camino de Lieja, como de resultas había material sobre este camino, se le aumentaron las perplejidades, y ya no supo qué suposición tenía visos de más fundada. Tanto en la guerra como en la política los indicios perturbaban la mente á causa de su multiplicidad misma, si no los sabe combinar y armonizar una razón sagaz á la par que firme. Lo más obvio de suponer á todas luces era que los prusianos se iban á juntar á los ingleses, para combatir en unión de ellos delante ó detrás de la selva de Soignes; lo de que volviesen á las márgenes del Rin se presentaba menos probable que todo; y bajo ningún aspecto se podría suponer que se dividieran en estas dos direcciones. Sin embargo, esta última suposición fué la que el mariscal Grouchy tuvo por segura, bajo la influencia del doble rastro observado sobre el camino de Wavre y sobre el camino de Lieja, doble rastro que se explicaba fácilmente, pues, teniendo los prusianos hacia Wavre la cabeza y hacia Lieja la cola, por necesidad habían de dejar vestigios de su paso en los dos puntos. Al mariscal debió además decidir en la elección suya otra razón muy poderosa. Aun cuando al dirigirse á Wavre padeciera engaño, no resultaba un mal de gran bulto, porque se dejaba á los prusianos ganar las márgenes del Rin sin ir en su seguimiento, pero tam-

juntarse á los prusianos detrás de Bruselas. A la verdad, tan reconocido estaba por todos los generales europeos el gran peligro de las batallas en su contra, tan evidente resaltaba este peligro para los ingleses, que tenían á su espalda una selva inmensa, por entre cuya espesura sería sumamente difícil la retirada, y por el contrario tan seguro juego ofrecía su reunión á los prusianos detrás de la selva de Soignes, que no concebía cómo los ingleses se determinaban á esperarle á pie firme. Así raciocinaba por no tomar en cuenta dos violentas pasiones, el odio del general prusiano, la ambición del general británico. Efectivamente, el primero estaba pronto á pagar con su vida la ruina de Francia; el segundo aspiraba á terminar por sí la querrela de Europa con los franceses, y á que le cupiera la principal honra. No obstante, Napoleón dudaba siempre, y á pesar de llover de nuevo, otra vez tornó á empezar con dos ó tres oficiales el reconocimiento, que algunas horas antes había prolongado ya tanto. Aun se hallaba mas reblandecida la tierra y había mas hondos barrizales que á primera noche. Por mas que dificultara el ataque de un ejército en posición tan fatal circunstancia, Napoleón se regocijó mucho al divisar las hogueras de los vivaques ingleses. De un extremo á otro resplandecían sobre este campo de batalla, y así daban perenne testimonio de la presencia de los enemigos. Durante un momento perturbó á Napoleón el ruido de un coche sobre su izquierda, en dirección del Monte de San Juan; pero aquel ruido cesó muy luego, y de vuelta del campo inglés los espías no dieron lugar á incertidumbre sobre la resolución del duque de Wellington de dar batalla.

Napoleón mostróse asombrado á la par que muy satisfecho, y ya desde la primera luz del alba no pudo abrigar la mas leve duda, porque, si el general británico tratara de emprender la retirada, no aguardara á que fuera de día para meterse por la espesura de la peligrosa y larga selva de Soignes, teniendo encima á su formidable contrario.

Mientras practicaba este reconocimiento, Napoleón recibió el parte que el mariscal Grouchy le había enviado desde Gembloux á las diez de la noche, y en que le anunciaba la posición tomada entre las dos direcciones de Lieja y de Wavre, si bien con propensión á preferir la postrera, para mantener á los prusianos separados de los ingleses. Aunque tuvo por mediocre la conducta del mariscal, y por mal empleado de todo punto un día de persecución en que se habían andado solo dos leguas y media, no obstante consolóse Napoleón al ver que Grouchy propendía á marchar á Wavre, y que estaba al parecer persuadido de que lo esencial de su papel consistía en mantener separados de los ingleses á los prusianos. Se tranquilizó al considerar que, con emprender Grouchy el movimiento entre cuatro y cinco de la mañana, ya á las diez se podría encontrar á su lado, y ejecutar así las instrucciones expedidas desde el cuartel general aque la noche, y por las que le prevenía que siguiera hácia Wavre á los prusianos, y le destacara una división de siete mil hombres. No haciendo posible el estado del terreno, por donde habían corrido las aguas del cielo durante doce horas consecutivas, que se diera una batalla antes de las diez de la mañana, con que Grouchy apareciera á esta hora ó algo mas tarde con el total ó

una parte de sus tropas sobre la izquierda de los ingleses, fijamente habria de sobra para alcanzar grandes resultados. Para ir mas sobre seguro, Napoleón hizo que se le despachara en el instante, es decir, á las tres de la madrugada, un duplicado de la orden expedida á las diez de la noche. Berthier tenia la costumbre de expedir varias copias de una orden misma por conducto de oficiales diferentes, á fin de que de tres ó cuatro llegara cuando menos uno: como nuevo en este oficio, aun el mariscal Soult no habia tomado precaucion semejante. Pero dos expediciones, hechas una á las diez de la noche y otra á las tres de la madrugada, sin duda se podian tener por suficientes, y en camino muy practicable; dado que el oficial portador de un parte expedido á las diez de la noche por Grouchy, á las dos de la madrugada lo habia entregado á Napoleón en propia mano.

Traquilizado sin quedar muy satisfecho, solo anhelaba Napoleón una cosa, que mejorase el tiempo de forma que hiciera posibles las maniobras de la artillería. En reconocimientos se pasó el resto de la noche, volviendo á la quinta del Caillou de vez en cuando, para secarse á una gran lumbre. A las cuatro de la mañana ya era de dia y empezaba á aclarar el cielo. Muy pronto un rayo de sol iluminó todo el horizonte, traspasando una densa banda de nubes, y la esperanza, la engañadora esperanza, penetra en el corazón agitado de Napoleón al punto. Se lisoageó de que la aparición del sol desvaneceria las nubes, y de que, cesando la lluvia, practicable estaria el terreno para la artillería á la vuelta de algunas horas; dentro de cinco ó seis, según lo declaró el general Drouot después de

consultar á los oficiales del arma, y gracias á ser la estación de verano, si no seco del todo, al menos se hallaria el suelo bastante firme para aguantar las piezas de todos calibres. Efectivamente, el cielo comenzó á aparecer mas claro, y Napoleón se hubo de revestir de paciencia, aunque bien ageno de que así, no solo daba lugar á la llegada del sol, sino tambien á la de los prusianos.

No pareciendo que fuese ya de temer la lluvia, á cosa de las ocho llamó á sus generales, los sentó á su mesa, donde le acababan de servir un frugal almuerzo, y con ellos discutió el plan de la batalla que se iba á dar á los ingleses. Desde la cumbre de un cerro elevado habia descubierto perfectamente la configuracion del terreno, así como la distribucion de las fuerzas enemigas, y trazado llevaba ya en su mente el modo de dar el ataque, de forma de manifestarse confiadísimo en el resultado de sus combinaciones. Como habitudísimo el general Reille á pelear contra los ingleses, y conservando de su solidez una impresion que habia dañado mucho á las operaciones en los Cuatro Brazos, ahora contrajo el mérito de hacer á Napoleón oír muy útiles verdades. Así le dijo, que los ingleses, mediocres en la ofensiva, para la defensiva eran superiores á casi todos los ejércitos de Europa, y que por lo tanto convenia vencerlos mas bien con maniobras que por medio de directos ataques.—Ya sé que es muy difícil batir en posicion á los ingleses, respondió Napoleón, *por eso voy á maniobrar*.—Efectivamente pensaba juntar las maniobras al empuje de los ataques, y no conceptuaba que los ingleses pudieran resistir á la manera con que serian acometidos.—A nuestro favor tenemos *noventa*

ta probabilidades de ciento.—Apenas acababa de pronunciar Napoleón estas palabras, cuando entró Ney de pronto, y le dijo que le asistiría razón si los ingleses se mantuviesen en espera, mas que á la sazón emprendían la retirada. Ningun crédito dió Napoleón á la noticia, replicando que, si retirarse fuera su designio, de cierto no aguardarían al día. Esta razón no tenía réplica alguna. Sin embargo, Napoleón montó á caballo para enterarse de los sucesos, y tras de reconocer que se mantenían en posición los enemigos, se puso á dictar su plan de ataque, transcrito por los oficiales para ser comunicado al punto á los gefes de todos los cuerpos de tropas.

Llegado es el momento de describir este campo de batalla, teatro de una de las acciones mas sangrientas del siglo, y la mas desastrosa á la par que la mas heroica de la historia de Francia. Alto habian hecho los ingleses encima de la meseta del Monte de San Juan, que extendiéndose como dos leguas de derecha á izquierda, y declinando hacia donde estaban los franceses en pendiente suave, así daba nacimiento á un vallecillo, que separaba las dos huestes. Detrás de aquella planicie y sobre un espacio de muchas leguas ostentaba la selva de Soignes su umbrosa verdura. Para estar á resguardo de la artillería francesa, se mantenían los ingleses al respaldo de la meseta ó planicie, y sobre el mismo borde no asomaban mas que algunas baterías bien montadas y con excelente custodia. A lo largo de la planicie, y por decirlo así, en la misma ladera, un camino de travesía hácia la aldea de Ohain á la derecha de los franceses, y hacia la de Merbe-Braine á su izquierda, con vallados de ar-

bustos en algunos sitios, y muy encajonado en otros, presentaba una especie de fosó, que cubría la posición de los ingleses, y que semejava construido para la presente coyuntura. Pasando sucesivamente por mas abajo de las quintas de Papelotte y de la Haye, y luego al pie de la aldea de Ohain se extendía el valle, por el cual estaban los dos ejércitos separados, y descendiendo venía á ser lecho de un arroyo afluente del Dyle, y se ensanchaba hácia la pequeña aldea de Wavre, que se podía con anteojo divisar como á tres leguas y media de distancia sobre la derecha de los franceses. A su izquierda, y descendiendo el mismo valle en sentido opuesto y rodeando la posición del enemigo, al riachuelo llamado Senne llevaba las aguas de las próximas vertientes. De este modo la distribución de las aguas entre el Senne y el Dyle se efectuaba desde una especie de terraplen, que iba de los franceses á los ingleses, y sobre el cual se desarrollaba la gran calzada de Namur á Bruselas. Después de cruzar la meseta del Monte de San Juan se confundía esta calzada con el camino de Nivelles, que se divisaba guarnecido de árboles frondosos hácia la izquierda de los franceses, y así el Monte de San Juan era el punto de empalme de las dos principales calzadas empedradas. Con efecto, por estas dos grandes calzadas todas las partes del ejército británico, tanto las que tuvieron tiempo de acudir á los Cuatro Brazos, como las que solo pudieron llegar á Nivelles, se habian juntado para formar á las órdenes del duque de Wellington la masa encargada de disputar á los franceses el camino de Bruselas. Algo mas allá del Monte de San Juan, y á la entrada de la selva de Soignes, se en-

contraba la aldea de Waterlloo, que dió su nombre á esta batalla, por escribir y datar allí el general inglés sus despachos.

Establecidos se hallaban los ingleses sobre la planicie del Monte de San Juan y á los dos bordes de la calzada de Bruselas. En campaña habia entrado el duque de Wellington con noventa y ocho mil hombres, de los cuales perdió seis mil en los combates de los dias anteriores. A Hall habia enviado un destacamento, que no bajaba de quince mil hombres, siempre temeroso de ser rebasado por su derecha, esto es, hácia el mar, cuidado que no cesó de desvelar su mente, y no digno de su discernimiento militar segun el semblante ya visible de las cosas. Descontando asimismo otros varios destacamentos, en el Monte de San Juan tenia setenta y cinco mil soldados ingleses, belgas, holandeses, hanoverianos, nassauvianos y brunswickerses. A su derecha, delante de Merbe-Braine, entre las dos calzadas de Nivelles y de Charleroy, habia situado á los Guardias ingleses, y además á la division de Alten, compuesta de soldados británicos y alemanes. Detrás y como apoyo se hallaba la division de Clinton, dispuesta en columna cerrada y profunda. Destacada de la division de Colville, la brigada inglesa de Mitchell ocupaba la extrema derecha. Por consiguiente esta ala se hallaba compuesta fuertemente, á causa de las dos calzadas de Nivelles y de Charleroy, de cuyo punto de interseccion se hallaba en custodia, y además tenia en segunda línea el cuerpo de Brunswick con gran parte de la caballeria aliada. Por última y bien inútil precaucion, á tres cuartos de legua de distancia, en la aldea de Braine-l'Allend, habia apos-

tado el duque de Wellington á la division anglo-holandesa de Chassé, siempre con la idea de precaver el peligro de ser rebasado por su derecha. En su centro, es decir, sobre la gran calzada de Charleroy á Bruselas, y en el punto de su desembocadura á la planicie, habia levantado una estacada. Sobre la misma calzada habia puesto muy escasa gente, como que para defenderla bastaban las tropas acumuladas á derecha é izquierda. Solo habia dejado de reserva á la brigada inglesa de Lambert hácia el Monte de San Juan y un poco á la espalda. A su izquierda, frente por frente de la derecha francesa, habia establecido á la division de Picton, compuesta de las brigadas inglesas de Kempt y de Pach, y de las brigadas hanoverianas de Best y de Vincke, parte emboscada en el camino de travestía de Ohain, parte mas atrás y alineada en masa. Finalmente la division de Perponcher formaba su extrema izquierda, y por la aldea de Ohain se daba la mano con las tropas de Nassau. Mas débil habia quedado esta ala izquierda, porque el duque de Wellington contaba con que la llegarían á reforzar los prusianos. Distribuidas se hallaban las masas de caballeria al respaldo de la planicie, y casi ocultas á la vista de los franceses. También delante de su posicion habia ocupado el duque de Wellington algunos puestos destacados. A su derecha y enfrente de la izquierda francesa, allí donde la planicie del Monte de San Juan comienza á formar hácia atrás un recodo, se encontraba la finca de Goumont, compuesta de varios edificios, un vergel y un bosque en descenso casi hasta lo hondo del valle. Allí habia puesto el duque de Wellington una guarnicion de mil ocho-

cientos hombres de sus mejores tropas. Al centro, en la calzada de Bruselas é igualmente sobre la ladera, se encontraba la quinta de la Haye-Sainte, compuesta de un vergel y grandes edificios. Su custodia había confiado el duque de Wellington á unos mil hombres. Por último, á su izquierda y hácia la falda de la planicie había situado algunos destacamentos de la brigada de Nassau en las quintas de la Haye y de Papelotte.

Así la posición y la distribución del ejército inglés eran tres obras destacadas adelante y vigorosamente ocupadas, á la parte de arriba, sobre el pequeño camino á lo largo de la planicie y por su ladera, numerosos batallones emboscados, y finalmente al respaldo de la planicie, y á derecha é izquierda de la calzada de Bruselas, masas de infantería y de caballería, desplegadas unas y en columnas cerradas otras. De manifiesto se ve que, así por el sitio que había elegido como por el número y la calidad de los combatientes, presentaban á la audacia de los franceses un obstáculo formidable.

Después de observar la posición con detenimiento, al punto deliberó Napoleón la forma de la acometida. A su ejército resolvió desplegar á la falda de la planicie, con el fin de tomar ante todo las tres obras avanzadas, la finca de Goumont á su izquierda, la hacienda de la Haye-Sainte en su centro, y las quintas de la Haye y de Papelotte á su derecha, llevando luego su ala derecha reforzada con sus reservas todas sobre el ala izquierda de los ingleses, que era la mas débil, así por la situación como por el número de los soldados, para arrollarla sobre el centro, que ocupaba la gran cal-

zada de Bruselas, y apoderarse de esta calzada única avenida practicable por entre la selva de Soignes, y empujar al ejército británico hácia su espesura, ya difícil de cruzar entonces, con lo que, si no la estorbaba absolutamente, á lo menos molestaria mucho la retirada de un enemigo en derrota. Operando por su derecha contra la izquierda de los ingleses, Napoleón tenía la ventaja de dirigir su mayor esfuerzo sobre la parte mas flaca del enemigo, de privarle de su principal desemboque en la espesura de la selva de Soignes, y de separarle de los prusianos, cuya presencia en Wavre era presumible del todo, ya que no segura. Atendida la configuración de los lugares y la distribución de las fuerzas enemigas, sin duda era el mejor y mas eficaz este plan, donde brillaban la rapidez y el aplomo del golpe de vista de Napoleón por vez postrera. Ya fijo en lo que había de poner por obra, Napoleón dió órdenes para que sus tropas se fuesen á situar en conformidad del papel que les estaba destinado en la jornada. Habiendo cesado de muchas horas atras la lluvia, y comenzando á afirmarse el terreno, se desplegaron con celeridad y precisión admirables. A la izquierda, entre las calzadas de Charleroy y de Nivelles y en frente de la finca de Goumont, se formó el segundo cuerpo á las órdenes del general Reille sobre el borde del valle, que le separaba del enemigo, presentando en dos líneas cada una de sus divisiones, y con la caballería ligera de Piré lanzada á la extrema izquierda, para llevar sus reconocimientos hasta la extrema derecha de los ingleses. En el ala derecha, esto es, al otro lado de la gran calzada de Bruselas, el primer cuerpo á las órdenes del conde

de Erlon, que aún no había peleado y constaba de diez y nueve mil infantes, se fué á situar en frente de la izquierda de los ingleses, con sus cuatro divisiones una á continuacion de otra, y formada en dos líneas cada una de ellas. Al frente de su caballería ligera estaba el general Jacqueminot como de centinela á la extrema derecha de los franceses, practicando sus reconocimientos en direccion de Wavre. Con la artillería de estos diferentes cuerpos de tropas se había formado sobre su frente una vasta batería de ochenta bocas de fuego.

Detrás de esta primera línea se hallaba de reserva hácia el centro el cuerpo del conde de Lobau, igualmente distribuido á ambos lados del camino de Bruselas. Á su izquierda, y por consiguiente detrás del general Reille, se desplegaban los soberbios coraceros de Kellermann, á su derecha, y detrás del general conde de Erlon, los coraceros no menos imponentes de Milhaud. Tal era la segunda línea de los franceses, algo menos extendida que la primera, si bien mas compacta y resplandeciente con las corazas de la gruesa caballería. Finalmente, la Guardia, cuya gallarda infantería se hallaba alineada en masa á las dos márgenes de la calzada de Bruselas, teniendo á su izquierda á los granaderos de á caballo de Guyot, y á su derecha á los cazadores y á los lanceros de Lefebvre Desnoettes, formaba la tercera y última línea de los franceses, aun mas compacta y menos extendida que la segunda, de suerte que el ejército francés figuraba como un enorme abanico, relumbrante con los rayos del sol reflejados sobre sus bayonetas, sobre sus sables y sobre sus corazas. En menos de una hora tomaron posición estas hermo-

sas tropas, y su despliegue produjo un efecto maravilloso. Napoleon experimentó de resultas un movimiento de orgullo y de confianza, de que se vieron muestras en su semblante y en sus palabras. Deseando excitar mas todavía, si era posible, en esta jornada el entusiasmo de sus soldados, de nuevo recorrió el campo de batalla, pasando de izquierda á derecha por delante del frente de las tropas. Á su vista los infantes ponian sus morriónes á la punta de las bayonetas, los jinetes sus cascos á la punta de sus sables, y prorumpian en violentos gritos de *viva el emperador!* que se prolongaban hasta mucho después de haberse alejado. Así vió al ejército entero, al cual dejó embriagado de alegría y de esperanza, sin embargo de haber pasado una malísima noche entre el lodo, sin fuego, con víveres escasos, á la par que el ejército inglés había sufrido muy poco, como llegado muchas horas antes que los franceses á sus vivaques, donde encontró alimentos en abundancia. Con todo, los soldados franceses tuvieron las primeras horas de la mañana para hacer el rancho, y además se hallaban en un estado de exaltación que les sobreponia así á los padecimientos como á los peligros.

Como, á tenor del consejo de Drouot, se había Napoleon decidido á dejar que se secara la tierra, ya ningun motivo tenia para apresurar la batalla, y menos desde que veia en resolucion de no evitarla á los ingleses. Dos ventajosas hallaba en diferir el empeño, la de dar lugar á que se ocrea la tierra, cosa que redundaria únicamente en provecho del ataque, y la de proporcionar la llegada de Grouchy en tiempo oportuno. Á la verdad, todo le

daba margen á esperar la próxima aparicion del lugarteniente, á quien habia confiado su ala derecha. Segun se ha visto, á las diez de la noche Grouchy habia dado parte de estar en Gembloux, dispuesto á trasladarse á Lieja ó á Wavre, si bien mas inclinado á todas luces á marchar sobre éste último punto, y empezando á comprender que su comision principal estribaba en separar á los prusianos de los ingleses. A las dos de la madrugada habia escrito que definitivamente se dirigiria á Wavre á la primera luz de la aurora. Por consiguiente, en virtud de la orden expedida á las diez de la noche y reiterada á las tres de la madrugada, Napoleon discurreia que, si Grouchy no asomaba con la totalidad de su cuerpo de tropas, á lo menos enviaria un destacamento de siete mil hombres, con lo cual le quedarian veinte y seis mil para contener á los prusianos ó replegarse sobre la derecha del Monte de San Juan peleando en su contra. Napoleon contaba de resultas ó con un destacamento de su ala derecha, ó con su ala derecha toda. Sin embargo, aun despues de las órdenes despachadas por la noche y repetidas por la madrugada, otro oficial quiso enviar á Grouchy, para enterarle de la situacion bien á fondo, y explicarle una vez mas cuál era el auxilio que esperaba de su parte. Así mandó á llamar al oficial polaco Zenowicz, destinado á ser portador de este nuevo mensaje, le condujo á lo alto de una colina, desde donde se abarcaba todo el horizonte, y señalando hácia la derecha, le dijo las siguientes palabras.— Por este lado aguardo á Grouchy, y le aguardo con impaciencia... id en su busca, traedle y no le dejéis hasta que su cuerpo de ejército desemboque

sobre nuestra linea de batalla.—Napoleon recomendó á este oficial que marchara con la mayor celeridad posible, é hiciera que el mariscal Soult le entregara un despacho escrito, que aun debia especificar mejor las órdenes que le acababa de transmitir verbalmente. Hecho esto, Napoleon, que habia pasado la noche practicando reconocimientos entre el todo, que desde su salida de Ligny el dia anterior á las cinco de la mañana solo habia descansado tres horas, se tendió sobre un lecho de campaña, y dijo á su hermano Gerónimo, que á la sazón estaba á su lado:—Ahora son las diez, voy á dormir hasta las once; me despertaré de seguro, pero llámame en todo caso (y añadió luego, señalando á los oficiales que se hallaban en torno suyo) porque no se atreverian á interrumpir mi sueño.—Despues de pronunciar estas frases reclinó la cabeza sobre la almohada, y á los pocos minutos ya dormia profundamente.

Entretanto á su rededor todo se hallaba en movimiento, y cada cual ocupaba diligentemente la posicion que se le habia señalado. Bien descansados y bien nutridos los ingleses no estaban ocupados mas que en situarse metódicamente sobre el terreno, donde iban á acreditar su teson de costumbre. A la par los franceses apenas acababan de comer un flojo rancho, y apenas descansados y no mejor alimentados, con impaciencia aguardaban la señal del combate, que solian recibir de las baterias de la Guardia. Algunas divisiones llegaban á la linea en estos momentos, y particularmente la del general Durutte, que por culpa del estado mayor habia emprendido tarde la marcha, se apresuraba á correr á su puesto, sin haber tenido casi